AÑO III. VILLANUEVA Y GELTRÚ, 21 DE MARZO DE 1909. NÚM. 103.

DEMOCRACIA

SEMANARIO REPUBLICANO FEDERAL

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERALISTA DEL DISTRITO DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Centro Republicano Federal, San Gervasio, 41.
Villanueva y Geltrú.

NÚMERO SUELTO
10 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Un mes: : : : : : : : : : : : : : : : : 0'50 pesetas.
Un trimestre: : : : : : : : : : : : : 1'50 „

UN VERDUGO MENOS

Ha muerto el verdugo de Sevilla, ha muerto, á juzgar por el relato de los periódicos, asqueado de sí mismo.

No es en verdad, posible que en los tiempos que corren nos imaginemos al verdugo como nos lo pintaba Miguel de los Santos Álvarez en su pintoresco cuadro lleno de verdad.

El verdugo de aquel ingenioso escritor era el hombre ineducado y rudo que entre rudos é ineducados vivía.

Entre el grosero verdugo de Álvarez y el romántico de Espronceda, está el verdugo real de hoy; ese de que acaba de morir un ejemplar en Sevilla.

Todo ha progresado; el hombre más inculto de ahora ve y oye y aprende en la vida cosas que no podían alcanzar ayer muchos enseñorados.

¿Cómo es posible que el verdugo de hoy, que viaja en ferrocarril, que cobra puntualmente un sueldo de funcionario público, que para sí quisieran muchos titulados, no se dé cuenta de su odioso papel, no se avergüence de su propia bajeza?

¡Cuántos de los que mueren á sus manos no son menos dignos que él de ignominiosa muerte!

Conducen al crimen, pasiones mal contenidas: á veces el hambre, á veces el amor; la ambición, en no pocos casos; la ignorancia casi siempre. Muchos son malvados una sola vez. Fueron buenos y honrados hasta aquel día fatal en que un instinto feroz se sobrepuso, una ceguera moral oscureció su inteligencia, una ráfaga de crueldad endureció su corazón.

Sólo el verdugo es siempre infame; sólo el verdugo mata sin odio, ni amor, ni pasión. No se diga que la miseria le arrastró. Por miseria, se es verdugo una hora, un día, en que la desesperación puede llevar al hombre á las mayores crueldades; no se es verdugo toda una vida.

Para concebir un verdugo reconciliado consigo mismo sería preciso imaginarlo aislado, solo, viviendo en un mundo imaginario, sin contacto alguno con la sociedad actual.

Un verdugo viviendo entre los demás hombres, concurriendo á la taberna ó al café, asistiendo al teatro, leyendo periódicos, andando por las calles, no es posible que se sustraiga al ambiente general que á todos envuelve, que en todos influye, que á todos educa, hasta el punto de desconocerse, de no repugnarse, de no odiarse á sí mismo, de no conocer su propio envilecimiento.

¿Cómo es posible que después de haber hablado con un reo que un minuto antes de presentárselo como su próxima víctima no conocía, no le vea ya siempre ante sus ojos? ¿Cómo es posible que el siniestro crujir de los huesos al romperse á la presión del tornillo, no resuene fatídico á todas horas en sus oídos? ¿Qué sueños pueden ser los suyos? ¿Qué alegrías no han de ser turbadas por su propia presencia? ¿Es posible que no se dé asco cuando se mire en un espejo? ¿Es posible que al tomar el pan en su mesa no le recuerden sus manos el contacto de la manivela horrible?

El verdugo de Sevilla ha muerto. Vivió desgraciado, nos dicen los telegramas; era taciturno y reservado. Las últimas ejecuciones que realizó, muy recientemente, le produjeron profunda impresión y aun se dice si ello aceleró la muerte, que habrá dado paz á su conciencia.

¡Matar por precio! ¿Puede haber oficio más vil?

Se dice que no es el verdugo, sino la ley la que mata.

Mal hace la ley en matar; pero la ley mata en el papel, ¡ay! y la tinta no parece sangre, aunque algunas veces lo sea. El legislador escribe al lado de la inícua pena, la palabra indulto, perdón. El juez que condena, cumple un deber penoso; pero su sentencia tiene siempre un recurso que permite esperar su incumplimiento. El que pudiendo no indulta, está lejos del reo, no ve sino el mantenimiento de una ley que quizá cree justa, por eso mismo, porque no la ve de cerca, porque no la ejecuta.

Toda crueldad tiene una atenuante por lejana que sea. La del verdugo no. Suprimid el verdugo y no le sustituirá junto al reo ni el fiscal que acusó, ni el juez que condenó, ni el gobernante que negó clemencia.

¡Suprimir la pena de muerte! Eso queremos, ¡pero convengamos en que sólo le queda una justificación: la existencia del verdugo. Mientras haya hombres capaces de ser verdugos puede pensarse que haya hombres merecedores de la muerte.

Ni para el verdugo, sin embargo, queremos esa pena. El verdugo de Sevilla ha demostrado que pueden bastarle sus propios remordimientos.

F. PI Y ARSUAGA.

CHÁCHARA

El doctor Marchand afirmó que habría zapateado sísmico; y sin duda para dar quince y raya al mismísimo demonio, nuestros conspícuos están dále que le das al objeto de que Villanueva haga más ruido que la tremebunda derrumbosis de Sodoma y Gomorra.

No es que aquí seamos gente afeminada, ó que nos dé la manía de afeitarnos en seco como á aquellos sicalípticos pobladores de las ciudades bíblicas que fueron aniquiladas cuando San Pedro (no el Sr. Rodríguez) aun no cuidaba la portería del Cielo; y precisamente nuestro gran mérito es que, teniendo muchos pelos, no tenemos pelo de tonto. Figúrense mis lectores que el pasado lunes una Comisión de los más escogido de nuestra villa, estuvo una horita larga en el case-

memoriaesquerra.cat — Democràcia [Vilanova i la Geltrú, 1907-1937], 21/3/1909, pàgina 1